

El poder de un líder

Estamos avanzando alrededor del siglo 11 antes de Cristo, en las cercanías del año 1050, dejando atrás la época de los Jueces. Y ahora, llega el momento de la monarquía. El primer rey es Saúl, y es importante recordar que fue escogido debido al deseo del pueblo de parecerse a las demás naciones de aquel tiempo. En el capítulo 9 vimos que Dios les busca y selecciona a ese rey. Y Samuel es el encargado de legitimarlo con todas las formalidades. Ya vimos la primera parte en el capítulo 9, veamos cómo se le anuncia a Saúl la decisión de Dios y su inducción al cargo.

Dice el texto que: “Entonces Samuel tomó un frasco de aceite y lo derramó sobre la cabeza de Saúl; luego lo besó y le dijo: «El Señor te ha ungido para que seas el rey de su pueblo Israel. Hoy, después de que nos despedamos, vas a encontrar a dos hombres junto al sepulcro de Raquel, en Selsa, en las tierras de Benjamín; ellos te dirán que ya fueron halladas las asnas que andas buscando, y que tu padre ya no está preocupado por las asnas sino por ustedes, pues no sabe qué les ha sucedido.”

Saúl es ungido. El derramar aceite sobre su cabeza, o sea ungirlo, era una señal de su liderazgo de la nación de Israel, de la herencia del Señor. Y el texto nos dice que, después de ese acontecimiento, Samuel le da una serie de orientaciones para que vaya a encontrarse con su padre y lo que debe hacer hasta encontrarse con él nuevamente. Veámoslo desde el versículo 5: “Cuando llegues a la colina de Dios, donde está la guarnición de los filisteos, y luego de que entres en la ciudad, te encontrarás con un grupo de profetas que descienden del santuario que está en el cerro. Irán profetizando y tocando salterios, panderos, flautas y arpas. En ese momento el espíritu del Señor vendrá sobre ti con su poder, y profetizarás con ellos, y el cambio en ti será notable pues actuarás como si fueras otro hombre. Cuando sucedan estas señales, haz lo que te venga a la mano hacer, porque Dios está contigo.”

La misericordia grande y extraordinaria de Dios trae bendición sobre Saúl, aunque su elección sea una que no estaba de acuerdo con la voluntad divina, pues se trataba de una rebeldía del pueblo. Si bien es muy impresionante todo el proceso hasta que es ungido rey por Samuel, lo que más me llama la atención es que Saúl tuvo experiencias extraordinarias. Fue una experiencia profética muy impresionante. De hecho, según el texto hebreo la idea es la de que él entraría en un trance, una especie de momento profético muy fuerte.

En el versículo 9 encontramos que “en cuanto Saúl le dio la espalda a Samuel para irse, Dios le cambió todo su carácter, y ese mismo día sucedió todo lo que Samuel le había dicho.” Fue una obra espiritual que humanamente no tiene explicación, pero que lo preparó para la misión encomendada. Al igual que sucedió con otros antes de él. Y en efecto, al llegar Saúl y su criado a Guibeá, un grupo de profetas les salió al encuentro. Entonces el Espíritu de Dios vino con poder sobre Saúl, quien cayó en trance profético junto con ellos. Los que desde antes lo conocían, al verlo profetizar junto con los profetas, se preguntaban unos a otros lo siguiente. “¿Qué le pasa al hijo de Cis? ¿Acaso también él es profeta?» Uno de ellos exclamó: «¡Hoy día,

cualquiera es profeta!» Por eso es tan popular el dicho: «¿También Saúl anda entre los profetas?» En cuanto Saúl llegó al santuario en el cerro dejó de profetizar.”

Todo esto es confirmación de la obra soberana y sobrenatural de Dios quien derramó la unción de su Espíritu de manera especial y extraordinaria sobre Saúl, mostrando públicamente que bendeciría a Saúl en esta función nueva como el rey de Israel. Es interesante observar que el pueblo deseaba que Israel tuviera un rey extraordinario. La frase que “cualquiera es profeta” muestra que no le tenían en gran estima todavía. Saúl, era un rey grande, recordemos que era el más alto de su región, pero nunca llegó a ser un gran rey, pues observaremos cómo sus limitaciones y sus dificultades personales lo llevaron de tropiezo en tropiezo.

El pueblo deseaba un rey para poder competir con las demás naciones, pavonearse por el tamaño de su realeza. La verdad es que eso es muy similar a lo que pasa con algunas casas reales de la actualidad y el pueblo al que representan. A la gente le encanta pavonearse con sus reyes, más como farándula que como gobernantes a esta altura. En lo que sigue del texto observaremos algunos detalles que nos revelarán cosas importantes sobre la fragilidad de este rey gigante.

Dice que... “en cuanto Saúl llegó al santuario en el cerro dejó de profetizar. Entonces uno de sus tíos les preguntó a Saúl y a su criado: ¿Y ustedes, ¿dónde andaban?» Y Saúl le respondió: «Anduvimos buscando las asnas perdidas, pero como no las encontrábamos, fuimos a consultar a Samuel.» Y el tío de Saúl le dijo: «Te ruego que me digas lo que les dijo Samuel.» Saúl le respondió: «Claramente nos dijo que las asnas ya habían sido halladas.» Sin embargo, Saúl no le dijo nada de lo que Samuel le había dicho en cuanto al reino. Después de esto, Samuel convocó al pueblo de Israel para que se presentara ante el Señor en Mizpa. Veamos lo que les dijo en esa convocatoria. «Así dice el Señor, el Dios de Israel: “Yo los saqué a ustedes de Egipto. Yo los libré de poder de los egipcios, y de todos los reinos que los afligían. Pero ustedes me rechazan como su Dios, aunque yo los protejo de todas sus aflicciones y angustias, y ahora quieren que los gobierne un rey. Pues ya que piensan así, preséntense ante mí, el Señor, en el orden de sus tribus y familias.”» Una vez que se reunieron todas las tribus de Israel, Samuel ordenó que se acercara la tribu de Benjamín. Luego hizo que se acercara la tribu de Benjamín, en el orden de sus familias; luego pidió que se acercara la familia de Matri, y de ella pidió que se acercara Saúl hijo de Cis. Lo buscaron entonces, pero no lo hallaron, así que le preguntaron al Señor por qué Saúl no estaba allí, y el Señor les dijo: «Búsquenlo entre el equipaje, pues allí está escondido.»”

No fue la mejor entrada en escena del nuevo rey. Es como una abofeteada a la imagen que esperaban tener los israelitas de un rey con mucha pompa y personalidad... entrando como un gran héroe épico con su espada en la mano y en su lugar, ¡lo que recibieron fue un pollito mojado!...

Luego de superar esa incómoda situación, poniendo a Saúl en medio de la gente, vieron que era tan alto que nadie le llegaba al hombro. Allí, Samuel tomó la sartén por el mango y le dijo a todo el pueblo lo siguiente... “Ante ustedes está el hombre que el Señor ha elegido. Como pueden ver, no hay en todo el pueblo nadie que se le

compare.» Y en ese momento “el pueblo lo aclamó alegremente, y gritaba: «¡Viva el rey!»”

Enseguida vinieron las instrucciones, porque Samuel le explicó al pueblo las leyes del reino y las escribió en un libro que depositó ante el Señor. Luego, Samuel envió al pueblo de regreso, cada uno a su casa, y Saúl también regresó a su casa en Gabaa, acompañado de hombres valerosos, a quienes Dios tocó el corazón.

“Pero no faltaron algunos perversos,” dice el texto, “que dijeron: «¿Y éste es el que nos va a salvar?» Y como lo menospreciaron, tampoco le presentaron regalos. Pero Saúl no les dio importancia.” Fíjate cómo el hombre se convierte en el gran orgullo de Israel, de quien están esperando mucho, sin embargo, sabemos que todo dependería exclusivamente de la misericordia de Dios, porque Saúl, en el momento de ser aclamado rey, se hallaba escondido en medio del propio equipaje, por tanto, carecía del perfil deseable para un gran rey.

Y el texto sigue adelante en el capítulo 11, cuando nos encontramos con la primera prueba para Saúl. Surgió un problema serio en relación a la ciudad de Jabés, que fue sitiada por los amonitas. Los habitantes intentaron negociar, pero los amonitas muy crueles quisieron dejar sin el ojo derecho como condición para transar. Y fíjense lo que las autoridades de Jabés le dijeron a Najás, el amonita: “Danos siete días para que enviemos mensajeros por todo nuestro territorio. Si nadie sale en nuestra defensa, nos rendiremos a ti.”

Y cuando los mensajeros llegaron a Guibeá, que era la ciudad de Saúl, y le comunicaron el mensaje al pueblo, todos se echaron a llorar. En esos momentos, Saúl regresaba del campo arreando sus bueyes, y preguntó: «¿Qué le pasa a la gente? ¿Por qué está llorando?» Veamos la escena: “el espíritu de Dios vino sobre (Saúl) con poder, y él se llenó de ira. Tomó entonces un par de bueyes, los descuartizó y envió los pedazos por todo el territorio de Israel, con la orden de que los mensajeros dijeran: «Así haremos con los bueyes de los que no sigan a Saúl y a Samuel.»”

El pollito mojado que se escondía recibió fuerzas de donde no tenía y Dios lo movilizó y utilizó de una manera que ni el mismo podía creer para liberar a su pueblo. Dice el escrito que “fue tal el temor que el Señor infundió en el pueblo, que se unieron como un solo hombre. Cuando Saúl les pasó revista en Bezec, los israelitas eran trescientos mil, y los de Judá eran treinta mil...”

Saúl, alcanzado por la acción del Espíritu de Dios, organiza al pueblo, ejerce su liderazgo, contesta el llamado de auxilio de los de Jabés y se posiciona como rey. Veamos cómo organizó la estrategia militar. “Pero al día siguiente”, escribe el historiador, “Saúl distribuyó a los soldados en tres batallones que, antes de que amaneciera, cayeron sobre el campamento y, tomando por sorpresa a los amonitas, los hirieron de muerte hasta bien entrado el día. Los pocos que sobrevivieron se dispersaron, sin que siquiera dos de ellos se vieran juntos.”

Luego de tanta vacilación y apatía el rey empieza su jornada y es confirmado como tal. Con su fragilidad, es verdad, pero con la unción espiritual que le permitió avanzar.

Pero veamos una situación más que señala el final del capítulo 11, allí nos dice: “Entonces el pueblo le dijo a Samuel: «¿Dónde están los que dudaban que Saúl sería nuestro rey? ¡Queremos que nos los entreguen, para matarlos!»

Pero el otrora timorato Saúl da un paso al frente y dijo: “«Nadie va a morir hoy, porque el Señor ha traído la salvación a Israel.» Por su parte, Samuel dijo al pueblo: «Vengan todos, vamos a Gilgal, para renovar el reino.»” Se precisaba unificar al pueblo, había peligro de querer cobrarse cuentas por actitudes anteriores, y de manera sabia tanto Saúl como Samuel lograron apaciguar las aguas, confirmando el nuevo liderazgo que emergía.

Así que “todo el pueblo fue a Gilgal, y allí, ante el Señor, confirmaron a Saúl como rey. Luego ofrecieron al Señor sacrificios y ofrendas de paz, y Saúl y todo el pueblo de Israel hicieron fiesta.” Este fue, entonces, el inicio del reinado de Saúl, quien fuera ungido por Samuel, bendecido por la acción poderosa del Espíritu de Dios, comenzando bien su reinado por la misericordia de Dios. ¿Qué ocurrirá en el futuro? Ya lo veremos juntos.